

The image shows the front cover of an old book. The cover is decorated with a traditional marbled paper pattern, featuring swirling, organic shapes in shades of brown, tan, and dark green. The paper has a slightly textured appearance. On the left side, a white rectangular label is affixed with clear adhesive tape. The number '56' is printed in black ink on the top left corner of this label. The book's spine is visible on the far left, showing some wear and a red binding material. The overall appearance is that of a well-used, antique volume.

56



SANCHEZ

SERMONES
VARIOS



79

BX1756

S2

V. 19

c. 1

135797

252

José Angel Benavides.



1080046326

E #2 - C #43

DOCTOR JOSE ANTONIO
DE NAVIDES

PLÁTICAS DOCTRINALES.

TOMO III. DE PLÁTICAS,
y XIX. DE SERMONES.



38115

BOCARTA 18206 181308
11011A 731

*Ut luceat omnibus, qui in domo
sunt. Matth. v. xv.*

BOCARTA 18206 181308
11011A 731

PLATICAS

DE DOCTRINA CRISTIANA,

COMPUESTAS PARA ALIVIO DE LOS
SEÑORES CURAS Y MINISTROS DE
LA DIVINA PALABRA

*Por el P. Fr. Sebastian Sanchez So-
brino, religioso de la tercera orden
de penitencia de N. P. S. Francisco,
morador en el convento de S. Antonio
Abad de Granada &c.*

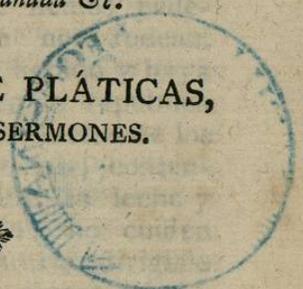
TOMO III. DE PLÁTICAS,
y XIX. DE SERMONES.



Con las licencias necesarias.

Madrid: Por la Viuda de Barco Lopez.

Año de 1819.



BX17561

52

v. 74

DE DOCTRINA CRISTIANA

COMUNISTAS PARA ALIVIO DE LOS
SEÑORES CURAS Y MINISTROS DE
LA DIVINA PALABRA

Por el P. Fr. Sebastian Sanchez de
S. O. Religioso de la tercera orden
de la Compañia de N. P. S. Francisco,
monje en el convento de S. Martin
de la Ciudad de Leon.



107
DE

BIBLIOTECA PUBLICA
DE NUEVO LEON

135797

Año de 1870

PRÓLOGO.

SEÑORES:

No siempre ha de atribuirse á desidia de los ministros de la Iglesia la ignorancia de la doctrina cristiana, fecundo origen de los males que hemos padecido, y que aún nos rodean. Pues aunque haya habido y haya algunos pastores en la república cristiana, que á imitacion de los que describe Ezequiel, contentándose con percibir la leche y lana de su rebaño, no cuiden de conducirlo, curarlo, dirigirlo y apacentarlo con pastos saludables; sin embargo es fuerza confesar, que aun los mas zelosos y aplicados al cumplimiento de sus

deberes trabajarían en vano, si al publicar la palabra de Dios al pueblo cayese ésta en tierra estéril.

El mismo Jesucristo nos anunció en parábola los varios obstáculos que impiden con frecuencia el fruto de su palabra. "Hé aquí, dice por S. Mateo, salió á sembrar el que siembra; y al sembrar, ciertos granos cayeron fuera de la senda, y vinieron las aves del cielo, y se los comieron: otros cayeron entre piedras, donde había poca tierra, y nacieron al instante, porque la tierra no tenía fondo; salido pues el sol, se calentaron demasiado, y como no tenían raíz, se secaron: otros cayeron entre espinas; y luego que estas crecieron, los sofocaron: otros en fin cayeron en buena tierra; y estos darán fruto, uno centésimo, otro sexágésimo, otro tri-

gésimo. El que tiene oídos para oír, oiga...."

"Oid pues, dijo el Señor á sus discípulos, oid vosotros la parábola del sembrador. Todo el que oye la palabra del reino, y no entiende, viene el diablo y arrebató lo sembrado en su corazón; este es el grano sembrado fuera de la senda. La palabra que se sembró en el pedregal significa al que la oye, y al instante la recibe con gozo; pero como en sí no tiene raíz, es solo temporal. Venida en efecto la tribulación y persecución por la palabra, al instante se escandaliza. El grano sembrado entre espinas es el que oye la palabra, pero la solitud de este siglo y la falacia de las riquezas la sofocan, y queda sin fruto. Finalmente el grano que se sembró en buena tierra es el que oye la palabra, la entiende,

y lleva fruto ya centésimo, ya sexágésimo, ya trigésimo." Hasta aquí la explicacion de la parábola que nos dió el mismo Jesucristo. Y hé aquí en sumario las principales causas de producir en tan pocos su fruto la divina palabra. Éste la oye sin quererla entender ni rumiar para su provecho, no sea que lo separe de su pasion favorita, y lo incline á obrar bien: *noluit intelligere, ut bene ageret*. Aquel la recibe con gozo; pero no la radica en el corazon, y de consiguiente todo en él es momentáneo, y cede á la primera tentacion. Unos oyen la palabra con alguna frecuencia; pero la solicitud de las cosas temporales y el deseo de riquezas les hace olvidar la pobreza de espíritu, que presupone Jesucristo para la bienaventuranza, y los hace caer al punto en su avaricia, raíz de todos los

males. Otros por frívolos pretextos rehusan oír la palabra de Dios. Estos son comprendidos en la parábola que nos anunció Jesucristo por S. Lucas. "Cierto hombre, dice el Señor, preparó una gran cena, y llamó á muchos. A la hora de la cena envió un siervo suyo para que llamase á los convidados, porque todo estaba ya preparado. Mas todos ellos empezaron á excusarse. El primero le dixo: he comprado una villa, y necesito ir á verla; ruégote me des por excusado. Otro dixo: he comprado cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlas; ruégote me des por excusado. Otro le respondió: me he casado, y no puedo ir." Con motivos mucho mas débiles y despreciables abundan personas que rehusan oír la palabra de Dios. ¿Y cuál es el fallo que á estas espera? ¡Ah!

yo no me atrevería á decirlo si antes no lo hubiera pronunciado Jesucristo. Yo os digo , que ninguno de los que fueron llamados (y no vinieron) gustará mi cena. ;Terrible sentencia contra los que Dios llama por su palabra , y rehusan oirla y obedecerla!

Otros vienen á oirla movidos de curiosidad y con espíritu de crítica. Desean oir en nuestros discursos piezas de elocuencia: buscan oradores , no apóstoles; van tras de los talentos , no de las verdades evangélicas. Vamos á oir , dicen muchos en el dia, como lo usaban ya en tiempo de Ezequiel , vamos á oir los discursos que nos hablan del Señor , juzguemos por nosotros mismos de este nuevo predicador. Á esta proclama , dice Dios al profeta , á esta invitacion , vendrá el pueblo , se engrosará el auditorio , te rodeará un cerco

brillante , sentados á tu presencia , te escucharán con silencio; pero ni el que te admire ni el que te vitupere observará las máximas que anuncias. ;Quereis saber la causa? Oidla de boca de Dios al profeta. Esta multitud, este concurso, dice el Señor, viene á oir tus discursos, como si corriera tras de los espectáculos. Las gracias de tu estilo , la riqueza de tus expresiones, la fuerza de tu elocuencia , vienen á ser para ellos como un agradable concierto de música , que lisonjea sus oidos. Por tanto , las verdades que les anuncies no los convertirán ; porque ellos las mudarán en canciones, que les servirán de árias agradables.

Pero seamos mas indulgentes. Permito que en estos auditorios haya personas sinceras , que reconozcan sus vicios en el cuadro que les presentamos. ;Mas cuál

es el fruto que sacan de este conocimiento? Estos auditorios son de ordinario semejantes, segun la expresion de Santiago, al que se mira al espejo, y conoce en él sus facciones; pero que apenas se aparta, olvida ya su retrato, sin acordarse de lo que era. Lo mismo respectivamente sucede al sensual, al avariento, al vengativo y á todo esclavo de sus pasiones, al verse retratados en el cuadro de alguna reprehension que le hace presente el ministro del evangelio. Mas apenas salen del templo, cuando sumergidos en el caos tumultuoso del mundo, desaparecen las verdades, los propósitos se olvidan, y continúan los crímenes. ¿Qué diré de aquellos que convencida su conciencia por la fuerza de la palabra, se dicen á sí mismos lo que algunos del arcópago de Atenas á S. Pablo cuando les hablaba de

la resurreccion: *te oiremos otra vez acerca de esto*: ó lo que al mismo apóstol respondió el prefecto Feliz, convencido sobre la justicia, la castidad y el juicio futuro? *Por lo que hace ahora, vete, le dixo, que en tiempo oportuno te citaré*. Estas dilaciones, tan frecuentes entre los que oyen la palabra de Dios, impiden su fruto, y son un signo de reprobacion. No basta pues oír la palabra, es necesario obedecerla para ser salvos: *beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud*.

En vano se cansarán los ministros del evangelio, por mas zelosos que sean, en anunciar la palabra divina, si los cristianos ni la oyen, ni la observan, ni la quieren entender, ni la respetan. Asombrado S. Hilario de este defecto, tan comun entre los mismos que hacen profesion de fieles, no duda decir, que el

púlpito es tan respetable como el altar. "Al pie del altar, dice, es el hombre quien habla á Dios; y en el púlpito es Dios quien habla á los hombres. El altar es el trono de su misericordia; el púlpito el de la verdad. Allí está para ofrecerse en holocausto; aquí para enseñar como Maestro; y en ambas partes como Verbo de Dios. De aquí proviene, que esta palabra de Jesucristo: *este es mi cuerpo*, que pronunciamos en el púlpito para probar su presencia real, la pronunciamos en el altar para producir la misma realidad; sirviéndonos ya de materia en nuestros sermones, ya de forma en nuestro Sacramento. Despreciar pues el cuerpo de Cristo ó su divina palabra es igual sacrilegio. Su virtud, su excelencia, su energía no depende de los labios del que la anuncia. Los talentos serán diferentes; mas la palabra

siempre es la misma. En S. Juan aparece dulce y atractiva; en San Pablo vehemente y profunda; en Amós sencilla y á propósito para pastores; en Daniel elevada y propia para áulicos; pero Juan, Pablo, Amós, Daniel &c. todos son embajadores del Supremo de los soberanos, y es Dios quien habla por ellos, y por todo el que evangeliza su palabra, sean cuales fueren los talentos; como el efecto de los sacramentos y su santidad no depende de la del ministro de ellos.

Oigan pues todos los fieles la palabra divina con veneracion, con docilidad, con humilde submission; y obedeciéndola con fidelidad, sembrada en la tierra de un corazon puro, dará los abundantes frutos que Jesucristo nos promete. Asi sea.

NOTA.

Concluido este tercer tomo de pláticas, y no habiendo dicho en la última cosa alguna en particular acerca de la veneracion debida á la Madre de Dios, he juzgado conveniente concluirlo con una breve explicacion del Ave María para inteligencia y consuelo de sus devotos.



PLÁTICA I.

SOBRE LOS SACRAMENTOS
EN GENERAL.

Los sacramentos que Jesucristo instituyó en su Iglesia, no solo son útiles para el buen régimen y conservacion del género humano en sociedad, sino necesarios respectivamente para conseguir la salvacion. Son ciertos signos prácticos y místicos, por medio de los cuales se obtienen, se exercen, se aumentan, conservan y reparan la fe, la esperanza y la caridad, que son las tres cosas necesarias para salvarse. Asi nos lo enseña el santo concilio de Trento, cuando hablando de los sacramentos dice: que por ellos toda verdadera justicia ó empieza, ó se aumenta, ó perdida ya, se repara.